



FACUNDO CALABRÓ

en busca del

ALFAJOR PERDIDO

*Una insólita y divertida
historia de la golosina
más popular de la Argentina*



 Planeta



FACUNDO CALABRÓ

en busca del

ALFAJOR PERDIDO

*Una insólita y divertida
historia de la golosina
más popular de la Argentina*



 Planeta



Índice

Introducción / 9

La historia / 17

Los grandes nombres

- 1. Havanna / 89
- 2. Fiesta del Alfajor Costero / 121
- 3. Guaymallen / 133
- 4. Dígale sí al alfajor / 153
- 5. Jorgito / 175
- 6. El monopolio del dulce de leche / 181
- 7. Fantoche / 195
- 8. Fiesta Nacional del Alfajor / 203
- 9. Capitán del Espacio / 221
- 10. Instrucciones para catar dulce de leche / 237
- 11. Cachafaz / 245
- 12. Instrucciones para catar un alfajor / 267

Bibliografía / 282

Agradecimientos / 286



Introducción

Algo debió hacerme ese alfajor tan extraño que me daban de merendar en las tardes de la colonia del Club Comunicaciones. Tuvo que ser bastante seria la cosa para que ahora, una década más tarde, aunque nada me acuerde del Club Comunicaciones ni de la colonia ni de aquellas tardes —a todo eso, no sé, se lo morfó el tiempo, se esfumó— todavía tenga como anclado, en alguna zona remotísima del paladar, el sabor de ese alfajor.

Todo mi pasado está compuesto de relatos ajenos. Dicen que nací tal día, a tal hora, de tal padre y tal madre. Que viví en esta ciudad, que después me mudé a esa otra, que era bien cachetón y que comía, cito a mis padres, “como un animal”. Hay fotos, sí, algunos documentos, pero todo eso puede estar trucidado, andá a saber. En cambio, de una cosa puedo estar seguro; casi diría que *de una sola cosa* puedo estar seguro en este mundo: del sabor de ese alfajor. Al sabor de ese alfajor no me lo contaron. El sabor de ese alfajor existió como que la tierra es redonda, aunque ni por eso pondría yo las manos en el fuego. De modo que no puedo decir, como el filósofo, sólo sé que no sé nada. Porque yo sé algo, conozco algo: el sabor de ese alfajor.

Quizá hubiera preferido un primer recuerdo más clásico, pero no se me dio. Mi infancia empírica se redujo al sabor de ese alfajor y alrededor de él tuve que construir mi identidad. Afronté mi destino, como debe ser, y poco a poco fui comprendiendo que ese único material disponible en mi memoria de pibe tenía también su hondura, su complejidad; comprendí, tiempo después, que ese recuerdo modesto era como un gran ovillo que podía, con mucho esfuerzo, co-



***Hoy día uno puede acceder,
y eso si tiene suerte,
a la mera reproducción
de un sabor legendario
hace tiempo extinguido.***

menzar a deshilachar. Que no era cualquier pavada el recuerdo de ese alfajor, sino que detrás de él (o adentro de él) un montón de recuerdos en pequeña escala aguardaban la hora de su desentierro. Y así empecé esa labor de reconstrucción.

Mi punto de partida era, por lo tanto, cierto sabor particular cuyo recuerdo persistía en mi memoria, y que indagando un poco comenzaba a desenvolverse. Yo sabía, por ejemplo, que ese sabor del cual partía, ese sabor que era todo lo que tenía a mi disposición si de verdad deseaba recuperar mi historia, no era sabor ni a chocolate ni a dulce de leche. Había algo de trágico en eso: todas mis esperanzas se cifraban en un alfajor —no me ruborizo— que no era ni de dulce de leche ni de chocolate ni mucho menos de fruta. ¿Pero de qué era, entonces, ese alfajor? Difícil pregunta. Y más difícil respuesta: era de maní.

Los que se escandalicen deben saber, antes que nada, que los niños presidiarios de la colonia de vacaciones no gozan de mucha libertad a la hora de elegir su alimentación. El que manda es el adulto, y es él quien determina muy tiránicamente cuál será la merienda de la tropa, generalmente sin ninguna clase de criterio nutricional, buen gusto o amor, y muchas veces apremiado por un presupuesto demasiado escaso. De manera que era eso: acatar o entregarse al ayuno, porque incluso aunque hubiéramos intentado sublevarnos, habría sido fácil sofocar la rebelión.

Confieso que en esa temprana juventud, yo, que desconocía aún los fundamentos de la golosina, aceptaba con total ingenuidad ese relleno medio calumnioso que, para ser exactos, no estaba fabricado realmente a base de eso que popularmente conocemos como maní; en realidad había una serie de características organolépticas (palabra técnica; convendrá ir asimilándola) que, por aproximación, casi por descarte, remitían al fruto seco. La primera de esas características era, por supuesto, el gusto.

Uno ya no sabe, no puede saber, a esta altura del desarrollo tecnológico y la producción en serie, qué gusto tiene el maní; el maní como tal no es otra cosa que un concepto platónico. Hoy día uno puede acceder, y eso si tiene suerte, a la mera reproducción de un sabor legendario hace tiempo extinguido. Bien: el sabor del que yo hablo, el gusto a maní del alfajor en cuestión, era ya, pongamos por caso, el cuadringentésimo eslabón en la cadena reproductiva del sabor original. Ya se entiende entonces a qué me refiero con “alfajor de maní”.

Claro que todavía hacía falta que nuestro tan alienado sabor a maní se materializara de alguna manera. Y en este caso, esa abstracción llamada gusto había encontrado en una crema color beige, si mal no recuerdo, el modo más cabal de concreción. También esta crema, desde luego, tenía sus particularidades: además de la coloratura marrón clara, alusión inequívoca a ese maní del mundo inteligible; aparte de su textura granulosa, compuesta de un exceso seguramente insano de alguna clase de grasa, que sobre el paladar surtía un efecto como corrosivo: lo dejaba patinoso y marcado —literalmente, en los casos más extremos— de por vida; se distinguía sobre todas las cosas por la imprevisibilidad de su distribución: dependiendo de los caprichos del azar podía uno encontrarse con que la pasta de maní se había desbordado salvajemente —y era todo un enchastre— o con que en cambio, como sufriendo un ataque de timidez, se había encogido y brillaba por la ausencia.

En fin, siempre me pareció una bendición que los fabricantes de ese alfajor prescindieran de la cobertura, en una clara muestra de sabiduría y reconocimiento de los propios límites. En efecto, habían decidido ofrecerlo a la contemplación del mundo en toda su desnudez, con sus dos tapas crocantes y húmedas *al natural*, en carne viva. Más tarde deduje, por esa pertenencia a la generación de los llamados alfajores duros, que sus orígenes debían remontarse a los noventa, pero en esos primeros tiempos de reconstrucción, lo que de verdad me permitió abrirme camino hasta dar con la certera identidad del alfajor fue otra cosa.

Había un rasgo especial en las dos galletas del alfajor, un detalle extrañísimo cuya sola visión bastaba para deslumbrar y hechizar de una vez y para siempre a cuanto muchacho inocente alcanzara. Y tengo para mí que fue ésta y no otra la razón principal del efecto indeleble que dejó en mi memoria: esas dos galletitas tenían la forma de una pelota de fútbol.

Así como suena. O digamos, para ser más precisos, que la superficie de las tapas estaba surcada por pequeños pocitos que imitaban a su vez la fisonomía de los gajos de las pelotas de fútbol. Un prodigio visual y sensorial, una pelota visible, palpable y comestible, una imagen fascinante que había calado hondo en el imaginario de toda la muchachada, a tal punto que se le atribuían toda clase de poderes mágicos. De todos los que circulaban, era el rumor más fuerte aquel que indicaba que la ingestión del alfajor favorecía las aptitudes atléticas, y desde ya era fundamental que formara parte de la dieta de cualquier joven aspirante a futbolista.

Más o menos a esta altura del recorrido que habría de reunirme con mi primer y único verdadero recuerdo de la infancia empecé a sentir que de ese sabor primitivo comenzaba a emerger un alfajor íntegro, con sus olores, su textura, su tamaño, su peso y, por último, su envoltorio, ése en el que debía estamparse la palabra más anhelada: el nombre del alfajor. Si la esencia de los alfajores se refleja en el paquete que los contiene, se entendía que el itinerario no pudiera acabar sino con ese descubrimiento final y culminante.

Otra vez, fue un proceso lento. Primero se me vino a la mente, por alguna inexplicable cadena de asociaciones, un color vago, entre amarronado y rojizo. Eran manchas, más bien colores borrosos que no sabía a qué respondían, pero que en distintos momentos de la semana o del mes de pronto me invadían como llamados extraños. Con el correr de los meses, aquellos manchones comenzaron a cuajar en contornos un poco más definidos. Lo que era un marrón homogéneo empezó a disociarse en dos tonos distintos: un marrón más oscuro y otro más clarito, que de un centro convulsivo empezaban a afluir hacia los márgenes, formando canales regulares y contrastantes. Entonces comprendí que esas manchas que luchaban por adquirir contornos y encontrar su forma no eran otra cosa que el dibujo siempre anacrónico, siempre desdeñoso de las modas fugaces, del envoltorio de *ese* alfajor.

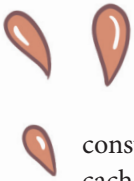
“¡Eureka, eureka!”, desperté exclamando una mañana. Entre las tinieblas del sueño había logrado vislumbrar el trazado de esas letras rojas que, superponiéndose al dibujo, rezaban: ALFAJOR FULBITO.



***Entre las tinieblas del sueño
había logrado vislumbrar
el trazado de esas letras rojas que,
superponiéndose al dibujo, rezaban:
ALFAJOR FULBITO.***

¿Cuántos como yo, hasta ese momento, se habrían topado de pronto, al mirarse en el espejo, con un reflejo irreconocible, porque la falta de una verdad personal los condenaba a alguna especie de destierro espiritual, los sumía en la enajenación? ¿Cuántos habrían buscado y rebuscado desesperadamente en las zonas más oscuras de la memoria un recuerdo en que refugiarse, una evocación del pasado con que alumbrar su presente, sin darse cuenta o atreverse a darse cuenta de que aquello que anhelaban estaba ahí, al alcance de la mano, encerrado en los límites modestos de un antiguo chocolatín, una galletita discontinuada, un alfajor llamado Fulbito?

La verdad, eso que se conoce como “la verdad” y que suele pronunciarse en mayúsculas y muy solemnemente, es un concepto más bien escurridizo. Imaginemos que hasta el *Diccionario de la Real Academia Española*, institución destinada a imponerla, balbucea al ofrecer una definición. Dice: “Conformidad de las cosas con el concepto que de ellas forma la mente”. El debate es largo y comprende unos cuantos siglos, pero permítaseme sembrar una sola duda: ¿y si “las cosas” y “el concepto que de ellas forma la mente” fueran exactamente lo mismo? Es decir, ¿y si por fuera de esa relación de identidad no existiera nada?



Ahora bien, yo debía optar entre resignarme a admitir como propia una construcción identitaria urdida esencialmente por mis padres (que era bien cachetón, etc.) y el Estado, o perseguir una forma más auténtica de la verdad, *otra* verdad, cuyo autor fuera, esta vez, yo mismo. Y como el único resto de pasado al que valía aferrarme, aunque suene un poco absurdo, era el sabor de un alfajor, hice de él el fundamento de una lectura autobiográfica que, si en retrospectiva llenaba huecos y ofrecía explicaciones, hacia adelante venía a transmitirme una vocación y a confiarme un encargo. El encargo de reescribir, no sólo mi historia, sino *la* historia.

Porque, de nuevo, ¿qué es la historia sino ese relato arbitrario que, como suele decirse, escriben los que ganan y que sirve, sobre todo, para inculcárselo a los niños en las escuelas, nutriendo así esa cosa tan vaga y endeble, la “identidad nacional”? Por otra parte, a nadie se le ocultará que en su proceso de constitución esta historia selecciona, ordena y desecha material. Mientras se erige la historia lavada de maestra normal, con sus próceres y sus actos heroicos, con sus Belgranos y San Martines, infinidad de historias posibles mueren arrumbadas en la alcoba de lo insignificante.

Ah... ¿pero quién ejerce ese rol seleccionador? ¿Quién dice qué es lo que entra y se eterniza en los manuales de colegio primario y qué es lo que se abandona al olvido indigno? ¿Por qué tanta confianza en la mano invisible de los vencedores? Yo pienso, y discúlpenme el desatino, que los desechos todavía sirven, que los cartones reciclados pueden ser material de primera mano (y mucho más vívido, más *real*) cuando se les brinda el tratamiento adecuado.

No he leído en ningún libro de historia ni en un manual escolar, ni he oído por boca de un maestro o un profesor, la menor alusión a los alfajores cuando, por caso, pretendían explicar la Revolución de Mayo, el Congreso Constituyente del '53, el ascenso de Yrigoyen o el primer gobierno de Perón. Sin embargo, una mínima indagación nos revela que en 1810 ya circulaba por el Virreinato del Río de la Plata un comestible llamado alfajor y que para 1853 ya había adquirido la forma que hoy le conocemos. ¿Y qué se dice de eso? Nada, aunque si aceptamos que hasta nuestros próceres fueron de carne y hueso, debemos imaginar también el papel preponderante que nuestra hermosa golosina, que en ese entonces era novedad, tuvo que haber cumplido a la hora de fortalecer sus voluntades patrias. ¡Bah! Yo no puedo creer en un Sarmiento que no comiera alfajores. Y es sabido que Batistuta, sin ir más lejos, cuando jugaba en

la cuarta de Newell's, condescendió a hacer dieta sólo a cambio de una caja de Fantoche que semanalmente le entregaba su técnico de entonces, Marcelo Bielsa. Dedúzcase de aquí la enorme influencia que es capaz de ejercer un alfajor sobre las vidas humanas.

Pero creo que a esta altura ni los jugos gástricos de la historiografía, por más corrosivos que sean, pueden silenciar un hábito alimenticio cultivado durante más de doscientos años a lo largo y ancho de este territorio. Si desde hace por lo menos siglo y medio un alfajor de maicena, hojaldre, chocolate, mousse, dulce de leche o membrillo surge cada día de entre los pliegues de papel aluminio, celofán o plástico de las más de doscientas marcas, entre multinacionales, nacionales y diminutos emprendimientos familiares que recubren el país, entonces debe existir una historia nacional *hecha* de alfajores que, por añadidura, no incluya solamente a un par de hombres ideales sino a *todos* los hombres y mujeres de la República Argentina. Hora de narrarla. Porque, silenciosos, los seis millones de paquetes que diariamente caen al tacho de basura, o al suelo, para que los revuelva el viento y atraviesen las ciudades, están ahí, como una evidencia innegable, y ya es imposible que permanezcan en la sombra.

A la vera de la historia oficial correrá esta otra historia: una historia maldita, fragmentaria, que habremos de reconstruir en cada una de sus fases, con sus baches y sus mitos. Ése es el propósito de este libro.

